

**UNIVERSIDAD  
ACADEMIA**  
DE HUMANISMO CRISTIANO

*Artículos*

La apuesta ideológica  
de las Ciencias  
Humanas-Sociales:  
el síndrome de las  
microteorías

Alexandre Dorna

## RESUMEN

EL PRESENTE ARTÍCULO PROBLEMATIZA EN TORNO A UNA CIERTA PRÁCTICA IDEOLÓGICA EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES Y AL MISMO TIEMPO SE PREGUNTA POR LA UTILIDAD SOCIAL DE LA APROXIMACIÓN CIENTÍFICA ACTUAL DE DICHO CAMPO DEL SABER. PARTICULARMENTE PONE EN DISCUSIÓN CUESTIONES METODOLÓGICAS, Y EL ABANDONO PROGRESIVO DE LA PLURALIDAD DE LOS MÉTODOS, ASÍ COMO, DE LA PRESENCIA PELIGROSA DE LA DERIVA TECNOLÓGICA EN LA CUAL LAS CHS ESTARÍAN INMERSAS. ¿LA CIENCIA SE HA CONVERTIDO EN UNA TECNO ESTRUCTURA? ¿QUÉ DE LA INDEPENDENCIA Y PLURALISMO DE LAS CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES? ESTAS Y OTRAS PREGUNTAS CIRCULAN EN ESTE ARTÍCULO EN DONDE LA AGUDA CRÍTICA DEL AUTOR APUNTA, PRINCIPALMENTE, A LA GESTIÓN TECNO-BUROCÁTICA DE LAS INSTITUCIONES CIENTÍFICAS Y DE LAS DENOMINADAS MICROTEORÍAS. PERO EL AUTOR TAMBIÉN PROPONE ALGUNOS ELEMENTOS PARA RE-PENSAR LAS CHS, ENTRE ELLOS RECONOCER QUE LAS TEORÍAS NO SON MÁS QUE METÁFORAS CONJETURALES.

**PALABRAS CLAVES: MICROTEORÍAS, METODOLOGÍA, PSICOLOGÍA POLÍTICA**

## SUMMARY

THIS ARTICLE DEALS WITH CERTAIN IDEOLOGICAL PRACTICE IN THE FIELD OF HUMAN AND SOCIAL SCIENCES AND, AT THE SAME TIME, IT WONDERS ABOUT THE SOCIAL USEFULNESS OF THE CURRENT SCIENTIFIC APPROACH TO THIS FIELD OF KNOWLEDGE. IT BRINGS INTO THE DISCUSSION METHODOLOGICAL ISSUES AND THE PROGRESSIVE ABANDONMENT OF THE PLURALITY OF METHODS, AS WELL AS THE DANGEROUS PRESENCE OF THE TECHNICAL DRIFT WHERE HUMAN AND SOCIAL SCIENCES ARE IMMERSSED. HAS SCIENCE BECOME A TECHNO STRUCTURE? WHAT GIVES HUMAN AND SOCIAL SCIENCES ITS INDEPENDENCE AND PLURALISM? THESE AND OTHER QUESTIONS LINGER ABOUT IN THIS ARTICLE WHERE THE AUTHOR'S SHARP CRITICISM AIMS AT, MAINLY TO THE TECHNO BUREAUCRATIC MANAGEMENT OF THE SCIENTIFIC ORGANIZATIONS AND THE SO CALLED MICRO THEORIES. BUT THE AUTHOR ALSO PROPOSES SOME GROUNDS TO RETHINK HUMAN AND SOCIAL SCIENCES, AMONG WHICH HE ACKNOWLEDGES THAT THE THEORIES ARE NO MORE THAN METAPHORS SUPPOSITIONS.

**KEY WORDS: MICRO THEORY, METHODOLOGY, POLITICAL PSYCHOLOGY.**

# La apuesta ideológica de las Ciencias Humanas-Sociales: el síndrome de las microteorías<sup>1</sup>

Alexandre Dorna<sup>2</sup>

*"...la imparcialidad, la mirada objetiva se transformaron en mentiras, o bien, en la expresión completamente ingenua de una plana incompetencia."*

Walter Benjamin

El objetivo de este texto es describir una cierta práctica ideológica en ciencias humanas y sociales (CHS) y de plantear preguntas a fin de relanzar el diálogo. Estas reflexiones conciernen algunas premisas de la investigación actual y la proliferación de microteorías (pequeñas ideologías de laboratorio) que se imponen como un saber y una metodología destinada a "crear realidades virtuales", bajo pretexto de objetividad y de control de variables "in situ". Si en principio, particularmente en psicología social, las microteorías han contribuido a poner en evidencia algunos problemas, hoy día asistimos a un cambio de situación: ellas contaminan el espacio del saber y llevan a la constitución de una realidad artificial y a una sofisticación creciente de las formas de validación "científica".

<sup>1</sup>N. T. Este texto lleva como título original: "L'enjeu idéologique des SHS: le syndrome des micro-théories". Fue traducido libremente al español por Ana María Álvarez Rojas quien agradece, una vez más, la preciosa colaboración de Romina Abad, estudiante de la Carrera de Trabajo Social de la UCSH, para la realización de este trabajo.

<sup>2</sup> Psicólogo. Profesor de Psicología Social y Psicología Política. Universidad de Caen. Francia. E-mail: [a.dorna@free.fr](mailto:a.dorna@free.fr)

Digámoslo claramente, sin tener nostalgia de ninguna metafísica, es verdad que el dominio de la metodología de las ciencias naturales (CN) en las CHS, cuestiona la existencia misma de estas últimas. ¿La formalización metodológica es pertinente en el campo de las CHS? Esta pregunta no es nueva (ni la crítica tampoco). La denuncia del “fetichismo” metodológico salido de la exacerbación de la aproximación empírica, sigue siendo una constante desde hace numerosos años. Hoy día, la enorme congestión “fragmentaria” de los hechos de laboratorio corre el riesgo de paralizar la dinámica del conocimiento, de romper los equilibrios epistemológicos y de alienar de manera irreparable la obra civilizatoria de la ciencia en sí misma.

El malestar epistemológico actual parte entonces de una formidable crisis que toca el conjunto de la modernidad, en que la deriva tecnológica y la dominación política de una oligarquía tecnocrática, provocan una explosión de los valores y de los conocimientos. Fue una ironía constatar que la voluntad humanista de los “modernos” de orientar científicamente el “perfeccionamiento” del hombre se haya transformado en un obstáculo y la fuente de un escamoteo ideológico del porvenir taciturno de una ciencia dopada.

Bajo el pretexto de la “neutralidad” y de la respetabilidad, los investigadores se acomodan (aparentemente) a un desmantelamiento de la cultura científica y a un conformismo institucional. El pensamiento crítico se vuelve insípido en los maestros post-modernos (“gatos escaldados” de la modernidad), y se propaga fácilmente en los jóvenes aprendices, para quienes la ciencia se transformó en un oficio burocrático ordinario cuyo reconocimiento se encuentra asociado al rol de experto, sin ninguna voluntad de cuestionamiento del sistema. El resultado es una postura socialmente acrítica, conveniente, fría y políticamente correcta que va en aumento. Más aún, corporatista, cuando algunos se movilizan para “salvar la ciencia” sin otro horizonte que el oficio en sí mismo. Es así, curiosamente, que la sed de ri-

gor y de razón, el rechazo de la especulación, se acompañan en nuestros días en los medios científicos de una indiferencia flagrante a los sufrimientos del prójimo, de un remarcable espíritu de competencia hacia la excelencia (ascender) y de un fuerte egotismo. Lejos de toda pasión utópica, contrariamente a lo que sucedía en el pasado, los científicos de las ciencias naturales y sus símiles en CHS, se precipitan sobre el camino de la racionalidad gestinaria para instalarse en las funciones de una oligarquía científicista. Entonces, estamos frente a una cuestión ideológica.

Hay ahí una amalgama inquietante, a la vez de la vieja doctrina liberal de un hombre aislado, racional, libre, autónomo, calculador, y de una nueva *Weltanschauung technologie* de la que se aprovecha una elite híbrida (mitad ciencia, mitad burocracia) que nos lleva a la aceptación impresionante de una suave lógica totalitaria: el humano es una cosa superflua. No sin razón M. Gauchet (2005), autor con quien no compartimos todas las opiniones, hace una declaración polémica que ilustra de manera aguda los miedos que la ciencia suscita actualmente: “la hegemonía de la ciencia se transformó en abusiva e inquietante (...) La ciencia no es más emancipatoria, como ella lo había sido en los siglos precedentes frente a “las tinieblas del oscurantismo”. Ella es opresora. Es incluso el único poder. Todos los otros no son más que tramosos a su lado”.

¿Caricatura, dirá usted?, ¿exageración pesimista, diremos?, ¿blasfemia? En ningún caso: hay que recordar que todo pensamiento organizado socialmente de manera dominante se puede transformar en una ideología horrorosa. La historia testimonia de ello de manera recurrente. Los arqueólogos del saber no se sorprenden de encontrar bajo el pavimento el pensamiento científico, los dogmas del espíritu minucioso y la sumisión ordinaria de los creyentes.

## I.- El síndrome de la congestión de las “microteorías”

Nada de sorprendente que los universitarios críticos, incluso especialistas en ciencias naturales, lleguen a dudar de sus propias aproximaciones metodológicas y a temer la omnipresencia del pensamiento tecnocrático. Incluso si, a veces, algunos tratan de comprender la significación enigmática, casi inquietante, de la sentencia de Heidegger, “la ciencia no piensa”, tirada como un adoquín en el charco de la ciencia deshumanizada.

Cierto, ha vuelto a ser lanzado el debate en el seno de las CHS, pero de una manera vergonzosa, pues, evidentemente, la CHS trabajan con hechos similares, análogos y variables. Entonces la tentación de imitar el procedimiento de las ciencias “duras”, sigue siendo todavía la actitud que conviene en los medios oficiales, demasiado influenciados por las elites tecnocráticas que gobiernan. Pero hoy día, las lenguas se sueltan alrededor de conversaciones privadas para manifestar sus frustraciones, la falta de reconocimiento y las discriminaciones que agitan profundamente las aguas tranquilas de la vida académica. Así, salido de las profundidades de la práctica científica, emergen críticos que ponen en duda los fundamentos del enmarcamiento académico actual. Las ciencias “duras” experimentan sacudones epistemológicos cada vez más fuertes, mientras que las ciencias “blandas” intentan desesperadamente apegarse a las normas y a las formas de las CN.

El colmo de la paradoja es que son pensadores “en ciencias duras”, tales como Feyerabend o Lévi-Leblond, que denuncian las pretensiones de la ciencia como fuente incontestable y única del conocimiento. Paradoja que roza la ruptura y anima el cuestionamiento de su utilización en CHS. De impasse en impasse, uno termina por rendirse ante la evidencia: es en virtud del agotamiento de los grandes paradigmas unitarios, por una parte, y de la segmentación en disciplinas autosuficientes, por otra, que la ciencia dejó de desarrollar un

impulso crítico para transformarse en doctrina, en templo sin alma y en verdad acrítica. Cuestión que nos acerca a los antiguos análisis sociológicos de las religiones (incluso de las ideologías) y de una vasta cantera de creencias culturales aparentemente victoriosas.

Seamos claros a fin de evitar los malos entendidos, hay que dar al César lo que es del César: la ciencia no está puesta en cuestionamiento. De ninguna manera visualizamos un clamor por un retorno a la metafísica. Solamente la necesidad de expresar lo que plantea problemas, en particular, el abandono progresivo del principio de pluralidad de los métodos y de utilidad social de la aproximación científica y la presencia peligrosa de la deriva tecnológica. En otros términos, se trata de replantear la pregunta de una larga recomposición de objetivos de la ciencia una vez que ésta se convierte en tecnoestructura. Y de iniciar el análisis crítico de las condiciones organizacionales que sobredeterminan las formas de pensamiento y los marcos de una ciencia institucional, incluso oficial, a fin de aclarar el desarrollo insólito del síndrome de las microteorías, sus efectos perversos sobre el conjunto de las ciencias humanas sociales y el proceso de desarticulación que afecta, de manera desigual desde hace bastante tiempo, particularmente a la psicología, a la sociología, a las ciencias políticas, al derecho y a la historia.

Si poca gente (o casi) parece dispuesta a parar la deriva cientista de las CHS, la razón no es solamente una falta individual de lucidez, sino la persistencia de hábitos institucionales. El impasse se mide por la presencia de un archipiélago de “pequeños mundos construidos”, a falta de paradigmas cohesionadores y la cohorte de “pequeñas leyes” normativas salidas del trabajo de laboratorio. Las hipótesis se multiplican sin cesar y engendran otras, y así sucesivamente, sin que se produzca una síntesis. Es necesario reconocer que el crecimiento exponencial de “manips”<sup>3</sup> in-

<sup>3</sup> N.T: Tenemos la impresión que el autor se refiere de manera abreviada a la palabra “Manipuladores”, en el sentido de manipuladores de variables.

troduce un volumen tan grande de datos y una acumulación de información, que el tratamiento de conjunto se muestra impracticable. Con un efecto perverso: la estadística más sofisticada se pone en el lugar del razonamiento explicativo de lo real. De ahí una lenta y perseverante pérdida de sentido en el medio de una laguna de abstracciones, sin teorías de paso, impulsadas las unas y las otras hacia una perseverancia diabólica en el error. Lo que explica la incomunicabilidad interdisciplinaria y absurda, de hacer pasar lo humano por las horcas caudinas de la metodología centrífuga de las ciencias exactas. El resultado es una explicación de lo humano, descolorida, reducida, rota, aséptica, abstracta, grosera. En síntesis, deshumanizada.

Es una pregunta que planea desde hace largo tiempo. Snow (1968) muestra de qué manera un abismo separa progresivamente el pensamiento "científico" y el pensamiento "literario". Hoy día se ha transformado en algo prácticamente infranqueable. Estos dos mundos se miran, pero se ignoran todavía más. Uno de ellos está en proceso de eliminar al otro del campo visual de la sociedad contemporánea. El dominio de las ciencias naturales sobre las ciencias humanas se manifiesta cada vez más sin que los protagonistas se den claramente cuenta de los efectos perversos del desmenzamiento de los conocimientos en CHS.

La ceguera -tanto como la bestialidad o la tontería- no es atribuible a un solo campo. Los investigadores de pronto se transforman en "topos": hábiles para deambular en las galerías subterráneas de las formalizaciones lógico-estadísticas, pero ineptos por miopía congénita para realizar la tarea principal de las CHS, la comprensión de los procesos sociales y políticos. Las ciencias CHS a fuerza de "naturalizarse", han devenido herramientas técnicas para la alegría de una "ingeniería social" en la que llevan el pandero los "ingenieros del alma", según las fórmulas utilizadas durante la dictadura estalinista.

La "productividad" de los ingenieros de lo social-cognitivo-evaluativo, no va más allá de las puertas de sus laboratorios. Así, paradójicamente, mientras más se multiplica la investigación empírica cuantitativa en CHS, menos disminuyen las incertidumbres. Las experticias se multiplican, sobre todo los problemas de una sociedad empujada al extremo del paroxismo de la excelencia. En el fondo, estas experticias no son más que una fachada: pura retórica técnica, cuyo error es proporcionar un fundamento de conocimiento a los decisores y a los gestores que navegan por ahí. El pensamiento visionario no existe más porque se le califica de ideología. Así se desagrega el pensamiento comprensivo y global, humanista e integrativo, bajo la presión de nuevos tropismos cognitivos.

### ***El dominio de los expertos: "la nueva elite tecnocrática"***

El conocimiento de las ciencias humanas y sociales se divide en dos actitudes que han devenido incompatibles: aquella de los expertos, asumida con mayor legitimidad por los poderes, y de rebote, por las elite universitarias que permanecen insensibles a la historia y a los determinismos de las culturas, incluso de la subjetividad, y aquella del generalista que corresponde mejor a las necesidades del conjunto por un mayor contacto con la realidad y una sensibilidad más concreta, pero que se encuentra desacreditada.

Es en parte una de las consecuencias de otro problema general que toca la investigación y la enseñanza, tanto como las prácticas profesionales. Estamos delante de una tendencia a "destotalizar" las situaciones y a desproveerlas de su historicidad y de su emotividad, en provecho de una ciencia que proporciona, sin cesar, explicaciones puntuales, frías y abstractas, exhibidas sobre "papers" cada vez más oscuros, donde el propósito del investigador no es comunicar un saber, sino ser considerado un experto por sus pares (lectores de comités editoriales), a fin de poder inscribirlo en un CV que será, a su vez, dotado de ex-

pericia por otros pares, miembros de comisiones de especialistas a nivel de la universidad y/o de CNU<sup>4</sup> por cualificación, habilitación y avances; se trata entonces, más bien, de una cuestión de ascenso. Es un itinerario obligado, verdadera carrera de obstáculos, verdaderas horcas caudinas, cuyo nudo gordiano es la práctica de evaluación con criterios establecidos desde el exterior.

Las disciplinas de las ciencias humanas y sociales aparecen a priori refractarias a estos procedimientos que rompen la cultura (milénaria) de la iniciación. Maestros y discípulos las han aceptado bajo la presión externa y las experiencias negativas del “mandarinato” denunciadas por los estudiantes en 1968. Con el tiempo, ese dispositivo de evaluación se volvió inevitable, pues los universitarios (sobre todo franceses) tienen de qué interrogarse sobre las perversiones del sistema. Más aún, cuando la evaluación cuantitativa de sus competencias (por el “impacto factor”) descansa cada vez más sobre una evaluación hecha imitando los temas y los criterios resultantes de la investigación norteamericana. Progresivamente, la comunidad científica internacional devino la comunidad de los investigadores de Estados Unidos ampliada a algunos adherentes extranjeros bajo su dominio. Los congresos internacionales, las revistas y las sociedades científicas confirman y legitiman este orden de cosas. Las consecuencias son estridentes. J.L. Beauvois (2005) las describe con lucidez: “deberíamos también no solamente trabajar con ellos, lo que puede seguir siendo indispensable, sino sobre todo, *lo que no tiene ninguna justificación de derecho*, no trabajar más que sobre los objetos que a ellos les interesan, referirnos solo a sus teorías o a sus variantes paradigmáticas, publicar en sus revistas (fraudulentamente llamadas “internacionales”), utilizar sus normas de escritura y de publicación, adoptar sus tics éticos, etc. En síntesis, deberíamos someternos a la evaluación de los investigadores estadounidenses (no lo repetiré más: o de los que se han

asimilado a ellos) *en tanto que únicos pares competentes*. Esta exigencia no es fantasmática: es una implicación *directa* de la evaluación administrativa de los investigadores y de los equipos por el *impacto factor*: Esta medida numérica, de hecho si no de derecho, habiendo nuestros colegas estadounidenses asumido el hábito de no leer más que el inglés -e incluso, en inglés- sólo aquello que les es familiar. Es lo que hacen por su parte, aquí o allá, la mayoría de los afiliados que ellos han coaptado” (sic).

Bien entendido, la crítica de J.L. Beauvois plantea el problema de fondo: la independencia y el pluralismo. Eso no implica una posición anti-norteamericana ni una protección chovinista de nuestra investigación. Primero, hay ahí una regresión en la tradición de la ciencia como resultado de una práctica de libertad, por la aceptación de una investigación monolítica; enseguida, la negación de los principios y valores por las CHS, en tanto que ellas son, más que otras, antenas sensibles a las cuestiones culturales y sociales, incluso políticas. Pues, las prácticas de evaluación que nos han impuesto no corresponden a un pensamiento colectivo, aun menos a una decisión democrática, sino a la consecuencia de una fuerte tendencia a la hegemonía de una elite tecnocrática norteamericana en aumento. Aceptarla sin decir nada equivale a una actitud de sumisión y de indolencia que nos condiciona de manera irreversible. Evidentemente nadie discute que sea necesario evaluar la investigación y la enseñanza, pero la cuestión es: ¿es necesario una elite “internacional” o “nacional” que debe definir la excelencia? Probablemente llegaremos a dilucidar la amplitud y los límites de estas preguntas. Y todavía hay otra interrogante aun más fundamental: ¿debemos continuar a aceptar los “criterios” de evaluación de conocimiento sobre la base de criterios forjados sólo en perspectiva epistemológica?

Ninguna necesidad de tirar la guagua con el agua del baño —decía sabiamente Hegel—. Pero digamos prudentemente que el método de las cien-

<sup>4</sup> N.T.: Probablemente el autor haga referencia con esta sigla a algún organismo académico acreditador de su país.

cias naturales que reina de manera incontestable y fantasmáticamente en CHS, no aparece completamente adaptado a su objeto múltiple y cambiante: el hombre. Toda "epistemología" obedece en ciencia, a la dinámica propia de su objeto de estudio. Por tanto, es una cosa bien conocida que la gestión tecno-burocrática de las instituciones científicas, secreta una ideología científicista que empuja a los científicos a rivalizar y a homogenizar sus instrumentos de investigación. La tentación de crear una sola ciencia, con un solo método y un mismo lenguaje universal, sigue siendo un programa utópico, tan dudoso como la utopía política que termina en el totalitarismo. Y tanto como el totalitarismo, la ciencia moderna no acepta (o mal) el principio del pluralismo metodológico. Cosa lógica, sin embargo, sintomática: mientras más aumenta la indiferencia de los científicos frente a las cuestiones urgentes de la sociedad, más se instala un discurso sapiente sobre la complejidad de la realidad sin que la aproximación de base cambie radicalmente. Hay ahí otro aspecto ideológico del impasse epistemológico contemporáneo: pensar la realidad en términos de laboratorio, construir la realidad para volverla virtual, y matematizar los resultados a fin de manipularlos, sin preocuparse por los efectos ni inquietarse por las consecuencias de sus actos. Progresivamente, y de manera capciosa, por aproximaciones sucesivas, la vocación del sabio (en ciencias duras, pero también en ciencias blandas) se transfigura negativamente por el trabajo de naturalización y la fabricación de especialistas. La ciencia universitaria se abandonó sutilmente a las reglas empresariales del rendimiento y de la cantidad y a la ilusión de la productividad. La gestión burocrática de las carreras universitarias es testimonio de ello. Los criterios de promoción resultantes de la misma práctica tecnicista, son elocuentes. Lo que importa a los evaluadores no es la calidad, sino la cantidad: el número de artículos publicados por año en revistas especializadas (con comités de lectura, de preferencia, en inglés), la funciones con responsabilidades administrativas, el número de doctorantes, etc. Curiosamente, la calidad de la enseñanza no tiene

indicador, así como tampoco la publicación de obras con vocación reflexiva o pedagógica. La regla de los "evaluadores" permanece siendo la misma: hay que evaluar cuantitativamente o nada. Estamos en el terreno de lo grotesco. La noción de profesor investigador encierra un sofisma, pues la institución universitaria experimenta una metamorfosis kafkiana. En efecto, la ciencia incorpora lentamente la cultura, las cifras amordazan las letras y la práctica tecnológica se ampara de la epistemología, al punto de reducir el conocimiento a artefactos utilitarios y máquinas cognitivas.

### *Crisis de la cultura crítica*

En síntesis, no es sorprendente constatar que la cultura de las humanidades, en el sentido amplio del término, falta terriblemente en el medio universitario, lo que comprende el corazón de las CHS. La cantidad de experiencias no forman en sí una base cultural común transmisible directamente a los estudiantes y disponible para la formación de todos. Habría allí más expertos y cada vez menos profesores o gente cultivada que compartan y enriquezcan una misma cultura. En consecuencia, la transmisión a las generaciones futuras se transformará en algo puramente técnico. La explosión del saber y el aislamiento de los sabios marcan el seno de una era de mundialización técnica forzada.

La universidad francesa se asumía como un espacio de cultura y de reflexión, donde todos los conocimientos encontraban su lugar en la búsqueda de una síntesis universal y en que las CHS tenían un sitio privilegiado. Hoy día, el mundo universitario se asume como un enjambre organizacional compuesto de "laboratorios" y de polos de excelencia en que la investigación empírica (abierta a las demandas de la empresa) debe alimentar los contenidos de la enseñanza. Los "jóvenes científicos" de los años 80 y 90 (particularmente en CHS), que se transformaron en profesores investigadores en el proceso de modernización (proyectos europeos, polos de excelencia, master), son moldeados sobre el modelo forma-

lista y estereotipado en las ciencias naturales, recortado y aséptico. Ellos se encuentran en el centro de un impasse en la mediada en que están empujados por la presión tecnológica, la falta de una cultura general sólida y la dispersión transdisciplinaria.

Así, los profesores investigadores, bajo el peso de las instituciones y de los laboratorios, “labos”, de las microteorías y de las prácticas centrífugas, llegan raramente a producir síntesis claras. La enseñanza se transforma entonces en una serie de mini conferencias sobre problemas puntuales, cuya utilidad no es ayudar a comprender el mundo, sino más bien, a reproducir una realidad descompuesta y a volverla aún más abstracta. Es una enseñanza de especialistas para estudiantes que pretenden escasamente transformarse en jóvenes investigadores. Así, la ciencia en general, y las CHS en particular, se ponen fuera del alcance de la inmensa mayoría de la población.

La organización en disciplinas y en subdisciplinas cada vez más subdivididas, recuerda que las universidades no tienen como modelo el saber transdisciplinario de un Leonardo da Vinci, sino que el de los técnicos especialistas. La gestión empresarial (de la que los universitarios están desprovistos) se presenta como una panacea, a fin de resolver las cuestiones de intendencia y de logística. Sus efectos indeseables –con la hiperespecialización– sus fortificaciones y sus defensas han transformado el espíritu del saber y de los universitarios. Ciertamente, esta realidad casi feudal tiene sus propios límites: a fuerza de cerrarse en sí misma la gestión universitaria patalea y el espíritu crítico se congela. El conformismo cientista se desarrolla y el corporativismo se manifiesta en el seno de las comisiones de “especialistas” con sus reglas de reclutamiento y sus criterios cuantitativos en la gestión de las carreras. Hay ahí una fuerte dosis de deslealtades y de actitudes serviles que sobrepasan ampliamente las observaciones de Maquiavelo sobre el poder de los príncipes florentinos. Es el reflejo de las estrategias individuales de competencia –bastante

bien teorizadas por psico-sociólogos tales como Croizier y Friedbergen (1977)– que son inducidas por la tensiones internas, apuestas de poder y deseos de reconocimiento. No es anodino recordar que la fabricación en serie de maestrías y de doctorantes (master en la jerga actual) permite a los equipos de investigación forjar un espíritu de cuerpo en torno a una micro-teoría bien pulida. La dinámica así obtenida, se manifiesta por una participación cada vez más recurrente en los congresos de la disciplina, la creación de zonas de influencia (asociaciones profesionales, revistas especializadas, puestos de gestión) y el establecimiento, en otras universidades, de colaboradores (antiguos estudiantes) formados por el mismo espíritu y la misma temática, todos unidos en la persecución proselitista orientada a mantener una dinámica de expansión, cuya justificación retórica es la búsqueda de una gran teoría explicativa, no obstante, son las delicias y los vicios del poder que ellos encuentran ahí. De ahí, el desarrollo de un entramado y de una vasta red de relaciones nacionales. Los jefes principales son así promovidos a responsabilidades superiores (asociaciones profesionales, ministerios, organismos de decisión universitaria) donde el poder de influencia permite tejer una red de relaciones más allá de las fronteras. Es la carrera internacional de los VRP de la ciencia puntual. Una sutil política “de infiltración” y de recuperación de los territorios vecinos que refuerza la (auto-) impresión de potencia y de autosuficiencia. Y si progresivamente, la micro-teoría sostenida por los fieles se instala en los dominios de la interdisciplinariedad, entonces, casi sin darse cuenta, sus partidarios se piensan detentores de un saber universal.

Entonces, para asegurarse, los más tenaces intentan someter las disciplinas vecinas a su teoría englobándolas en una doctrina particular supuestamente universal. La razón de este tipo de comportamiento intelectual, se esconde en la psicología de los investigadores líderes: están demasiado fascinados y entusiasmados por su propia micro-teoría. El mundo del conocimiento se

reduce así a sus “descubrimientos”, a su lenguaje y a su dominio. En síntesis, la micro-teoría se infla artificialmente y encuentra un nivel de autosuficiencia. Ahí está una de las componentes psicosociológicas del actual Babel epistemológico en CHS y del síndrome de desarticulación teórica.

Este proceso no se detiene de manera espontánea, sino más bien, a causa del peso de su propia estructuración, de la presión de las contradicciones y de las divisiones internas. Asimismo, no podemos olvidarlo; la desaparición (muerte o retiro) del encargado, conlleva la dislocación de una estructura forjada más por el interés de lo obligado que por la solidez de lo sometido. A veces, la desaparición de las microteorías universitarias no es más que el efecto mecánico de los modos que se agotan a falta de novedad. La sociología crítica de la ciencia es rica en ejemplos y en situaciones de ese tipo.

### ***La desarticulación del conocimiento: un asunto ideológico***

Sería ilusorio (o cínico) pretender que la ciencia, por su método, esté protegida de las tensiones, de las apuestas políticas y de las tentaciones de los poderes. Al contrario, la ciencia no ha funcionado nunca fuera de la sociedad y de sus necesidades. No hay discurso epistemológico (aparato conceptual y metodológico) indeterminado, ni social ni políticamente. Hay un mal entendido cuando se habla de la “neutralidad” de la ciencia. Siempre es útil recordar que los antiguos tenían una visión global del conocimiento, mientras que los modernos, por razones técnico-económicas, han especializado el saber. La introducción de la división del trabajo en la ciencia y de lo que se deriva de ella, es decir la dispersión de las disciplinas, puede ser atribuido a la utilidad social, pero de ninguna manera a una demanda intrínseca del conocimiento en sí mismo.

Volvamos de nuevo sobre un punto: el desglose en disciplina y en subdisciplina (con las adaptaciones epistemológicas *ad hoc*), es el re-

sultado de un largo proceso de transformación de la actividad de los sabios en algún dominio según las reglas de las organizaciones dependientes de los poderes, digamos del Estado. De ahí el error de imaginar el pensamiento científico al margen de toda ideología, pues aceptarlo o rechazarlo es ya hacer ideología.

Cuando nosotros observamos la ciencia, la tendencia es a no observar el contexto “en sí”. Por otro lado, la ciencia se transformó en un subsistema al interior del sistema social que está lejos de funcionar en términos de un orden político y moral, siendo las dos cosas a la vez. Pues, ese tipo de subsistema desarrolla una autonomía funcional. Digámoslo brevemente: todo sistema es codificado y necesariamente autorreferencial. Así, los modelos fuertemente codificados no se mezclan con otros, incluso cuando ellos se encuentran el uno al lado del otro. De hecho un subsistema (la ciencia, ya que estamos hablando de ella) no comunica (o casi) más que consigo misma, y no comprende más que sus propios códigos de diferenciación. A fortiori, es un subsistema cada vez más autónomo. De ahí la dificultad de pensar la crisis epistemológica actual como una de las manifestaciones directas de la crisis social. ¿Es necesario analizarla desde el interior del mismo subsistema? ¿O más bien en relación a su consecuencias? Entre estas dos posiciones, una tercera observación: la sincronización de los hechos. A saber: el acto de privilegiar ciertos sectores de la investigación más que otros, no tiene nada de gratuito ni de azaroso. Pues solo los ingenuos o los cínicos se expresan sin poner en relación la voluntad de los poderes y las fuentes económicas. Eso permite observar (y comprender), bajo formas encubiertas, la repartición desigual de los medios de financiamiento y del enmarcamiento de las disciplinas, cuya consecuencia no es solamente un empobrecimiento de las ciencias humanas y sociales, sino una desvalorización social de sus “competencias”, en un mercado fuertemente competitivo y cada vez más evaluativo. De ahí, la elección de dar prioridad a las temáticas asociadas a la productividad y las aproximaciones

metodológicas más atractivas y más susceptibles de procurar soluciones técnicas. Ahí se explica el dominio de los modelos más cuantitativos. Es el gran giro de la investigación moderna: la utilidad. Es así como la “construcción de la realidad” se transformó el *nec plus ultra* de la epistemología científica en CHS: *reemplazar lo real por lo virtual*.

Para ir hasta el final de este estado de la cuestión: los “porfiados hechos” –digámoslo *mezzo voce*- hablan por sí solos: la compartimentación experimentada por la ciencia CHS en los últimos lustros, es uno de los signos perturbadores de la fragmentación del conocimiento. Bajo la presión de la “nomenclatura” científica de las instituciones de tutelaje en su quimera de soluciones tecnológicas, las CHS aceptan de manera resignada el absurdo de las presiones impuestas por el dominio del modelo de las ciencias exactas.

Hoy día, los límites en CHS parecen afectados. A saber: mientras más tratamos de explicar la realidad humana por las microteorías, menos comprendemos al hombre y a la humanidad, la sociedad y la cultura. La compartimentación de las disciplinas vacía el alma de los hombres, mutila sus valores, despedaza sus conocimientos y vuelve brumosas las pistas de orientación común. Sin hablar de una visión cósmica, cuya falta invade el malestar de la cultura moderna. Así, la voluntad tecnológica que devora las ciencias “duras” está en proceso de paralizar la imaginación y el alcance original de las CHS, y la concepción pluralista de los métodos y sus aproximaciones, por el fetichismo metodológico bajo sus formas canónicas institucionalizadas.

## II.- Algunos elementos para repensar la CHS

Las CHS tienen necesidades -su porvenir depende de ello- de clarificar su estatus científico y su vocación inicial, a fin de saltar más allá del impasse epistemológico actual. Para hacer eso dos

condiciones se imponen: disponer de un diagnóstico profundo del impasse epistemológico, luego, rehabilitar el diálogo interdisciplinario en torno a nociones abandonadas (vergonzosamente) bajo la presión de los dogmas metodológicos dominantes: la comprensión, la analogía, la ideología, el tiempo, la memoria, la subjetividad, la implicación, las mentalidades y otros conceptos clave. No se trata solamente de hacer un inventario, sino de mostrar la articulación posible de unas y de otras. Evidentemente, para preparar mejor los diálogos interdisciplinarios, el retorno a un sustrato común es indispensable. Replantear la cuestión del objeto común de las CHS implica volver al hombre como una entidad situada y fechada, y reflexionar una vez más en el hombre transdisciplinario de Aristóteles: el “*zoon politikon*”. Esto introduce la evidencia de muchas formas de conocer y de actuar; en síntesis, el pluralismo de bien común. A saber: las maneras de mostrar cómo la “razón práctica” no se funda en la “razón pura”, ni lo real en lo virtual. Es una manera de rearticular lo universal y lo particular, lo colectivo y lo individual, el hombre y la naturaleza. Manera también de sobrepasar –incluso provisoriamente- los límites de la visión doctrinaria de una psicología individualista bajo su forma ideológica “más realista”: el utilitarismo liberal. Manera de evitar, a la vez, los olvidos de la historia y los mecanismos de la exclusión bajo los oropeles de los grandes valores. Manera de ampliar el concepto de racionalidad a fin de dar un lugar a las otras formas lógicas de lo razonable, lo plausible y lo probable. Manera de poner *en el centro de la reflexión la presencia saludable de lo múltiple*. Manera de comprender que la modernidad no es la negación de la tradición, tanto más que esta última nos permite pensar en nuestra inserción en la historicidad y en el discurso y en las prácticas en tanto que ciudadanos activos y pasivos. Manera de inscribirse en los procesos de construcción característicos de las prácticas institucionales vivas. Y manera, finalmente, de integrar la matriz de fabricación de la comunidad humana.

A este respecto, digámoslo aquí brevemente: la búsqueda científica o la investigación científica no escapa a su condición humana y a los límites de su tiempo. Las CHS se empobrecen si en lo individual autónomo (hoy día noción dominante) o si un solo punto de vista, incluso científico, ocupa todo el lugar en detrimento de las ideas fuerza que ordenan las interacciones sociales y estructuran los símbolos: la política. El razonamiento político permite lo que la ciencia –por método- no puede: la aprehensión de lo humano por la simpatía. Ahí se sitúa, sobre un plan simbólico o de reconocimiento, otra noción tan controvertida que fue inútil examinarla, pero indispensable no ignorarla: la ideología. La ideología, la bestia negra de la ciencia y de rebote de los científicos políticos. Sin embargo, es el nivel más general de comprensión de la realidad social: la expresión de las visiones de mundo, *mundi imago*, que no tienen un estatuto de verdad, sino de probabilidad, cuyos elementos particulares son las opiniones y las actitudes colectivas (por o contra) que forman la *doxa*. Inútil reducir la ideología en los niveles inferiores de comprensión. Inútil querer capturarla con la noción de “representación social”; aún menos, de domesticarla por el intermediario de las microteorías “cognitivas”. Peligroso, de hecho, evacuarla con un revés “metodológico” pues lo que la ideología revela u oculta, pero sobre todo, vehicula, son los fundamentos éticos y políticos que emanan de los “sentimientos” (residuos) colectivos y mito fundador de una sociedad en un momento determinado.

Es con un remarcable sentido de la aprehensión que Monnerot (1948) utiliza una bella fórmula (que hace chirriar los dientes de los sacerdotes científicos de la ortodoxia científica) cuando escribe: “la ideología es una oferta intelectual que responde a una demanda afectiva”; se trata de una forma discursiva que actualiza los mitos y los prejuicios sociales de la tradición a fin de adaptarse a las realidades cambiantes, pero contrariamente a los mitos que se insertan en el pasado, las ideologías se desplazan en el tiempo. Las ideologías pueden así oponerse, preservando, sin em-

bargo, las mismas fuentes. Ningún discurso escapa completamente a la influencia de la ideología. La ciencia tampoco, pues, a pesar de sus fortalezas metodológicas, sus raíces se sumergen en la misma matriz cultural que la religión y la política. Para ver ahí un poco más claro, utilicemos la pauta propuesta por Monnerot, cuyas preguntas pueden ayudarnos a hacer una primera selección:

- a) ¿Cuáles son los comportamientos que la ideología justifica en un contexto concreto?
- b) ¿Qué exigencias afectivas satisface?
- c) ¿Qué encubre en un momento determinado?
- d) ¿Cómo se (re) encuentran transferidos los hechos históricos?
- e) ¿Cuál es el contexto social (clase, profesión, situación) y el marco psicológico (rasgo, comportamientos) al interior de los cuales la ideología se sitúa y se expresa?

Por otro lado, para establecer la importancia, sobre todo al lugar de las ideologías en las estructuras de investigación y el pensamiento científico en sí mismo, es necesario recordar una perogrullada: las aproximaciones metodológicas no son ni neutras ni inofensivas. Al contrario, ciertamente, la elección del método sobredetermina el análisis de los resultados y los modos de pensar la realidad. En síntesis, la función teórica tanto como la percepción de la pertinencia “científica” de los indicadores observados y su significación para el conocimiento, no son neutras. La vieja disputa de la subjetividad en CHS y de la objetividad en la física, dejó de aportar criterios de demarcación suficiente. De hecho la experiencia (científica), como lo decía Galileo, “es una cuestión planteada a la naturaleza”; pero no es la naturaleza la que da las respuestas, sino los hombres que plantean las preguntas. De ahí la confusión voluntariamente mantenida en los manuales de metodología sobre la objetividad. ¿Cómo imaginar respuestas que no están mediatizadas por los hombres? Contrariamente a ello, los antiguos

no hablaban de objetividad, pero habían perfilado el obstáculo del riesgo de la subjetividad con procedimientos capaces de garantizar la imparcialidad de los juicios. Así, Homero podía en sus relatos, rendir homenaje a los griegos y a los troyanos con una sorprendente imparcialidad. La subjetividad para los antiguos no se opone a la objetividad; la inversa, sin embargo, es menos segura en los modernos.

Recapitemos: intentar una nueva articulación implica aceptar, no solamente relanzar un diálogo interrumpido desde hace largo tiempo, sino también romper con los protocolos metodológicos impuestos por la postura cientista moderna. Es un proceso difícil, pero en ningún caso imposible, a condición de rearticular conocimientos y prácticas en una perspectiva transdisciplinaria. A saber:

- Evitar plantear problemas a partir de disciplinas específicas;
- Considerar la realidad como una unidad abierta y compuesta;
- Reconocer que las teorías no son más que metáforas conjeturales;
- Recordar que el discurso científico es un lenguaje en el lenguaje, cuya simplificación no es más que una convención operacional;

Inútil ir más lejos. La discusión sobre tales cuestiones escapa a los objetivos inmediatos de este texto. Pero es un hecho que nosotros debemos incorporarlos en un diálogo, tanto como en una acción transversal. Pues el subsistema ideológico, como todos los que forman los microsistemas sociales, no hace más que cuestionar ciertos códigos (biopsicosocioculturales y políticos) y reemplazarlos (eventualmente) por otros códigos.

### III.- La psicología política: una hipótesis heurística

Los diversos elementos que acabamos de poner en discusión se parecen metafóricamente a los pequeños vidrios de los azulejos de un gran fresco en las ruinas de una civilización antigua desaparecida de nuestro *mundi imago*. Una recomposición de los fragmentos del mosaico encontrado es indispensable para hacer una lectura de nuestros propios fundamentos. Así, a la manera de las arqueologías del saber, los psicólogos políticos deben recordarse que la tarea de comprensión se hace pacientemente utilizando todas las herramientas y todos los saberes puestos a nuestra disposición. Hay algo de lúdico en imaginar qué tesoros de conocimientos humanos se encuentran enterrados en las arenas o en los escombros de antiguas culturas. O más prosaico, olvidados en los depósitos de las bibliotecas universitarias. A priori, la obra de la humanidad es la condición primera. Pero sería vano creer que tales descubrimientos nos permitirían responder a las preguntas que nos persiguen hoy día, y que se trataría, entonces, simplemente, de desanidar los conocimientos del pasado. La historicidad de la existencia humana limita las posibilidades de aplicar idénticamente las fórmulas antiguas a las realidades actuales. Por tanto, el conocimiento del pasado puede enseñarnos cosas tremendamente útiles. La magnitud de los principios, los problemas, la manera en la cual ellos han sido aprehendidos. Y la paciencia. La reconquista de los principios elaborados en otro tiempo pasa por un trabajo de reformulación heurística, cuyo punto de partida debe ser siempre la situación concreta, y la comprensión de la época presente, tanto como la incorporación pragmática de nuestros saberes empíricos actuales. Así formulada, la tarea parece temible, incluso desesperada, teniendo en cuenta la enorme acumulación de material. Por tanto, la situación es menos dramática de lo que parece. Ciertos pensadores de las CHS han desarrollado un trabajo preparatorio impresionan-

te estos últimos decenios, la rapidez con la cual las cuestiones se suceden no puede más que acelerar los procesos de cuestionamiento, de crítica y de redescubrimiento, y en fin, dan nacimiento a nuevas propuestas. He ahí por qué nosotros proponemos un diseño heurístico.

### ***La fragmentación y la necesidad de articulación***

Llegó, al fin, el momento de plantear una perspectiva heurística de articulación a objeto de proceder a una defragmentación de las CHS, demasiado atomizadas por la acción polucionante de las microteorías y la multiplicación recurrente de las experiencias de laboratorio. Es la voluntad de volver posible, incluso en la ausencia de una coherencia perfecta, un diálogo interdisciplinario a fin de rehabilitarnos a pensar juntos. La articulación es etimológicamente una palabra que apela a la anatomía humana: es la unión de las partes blandas y duras, móviles y rígidas. Otra aseveración hace de la articulación un elemento fundamental del lenguaje: la acción de pronunciar los diversos sonidos con la ayuda de los movimientos de la lengua y de los labios. En síntesis, volver las oposiciones compatibles y así llenar teóricamente los espacios vacíos. El acto de articular implica encontrar los medios de un acuerdo y de unir las cosas contingentes para darles un sentido nuevo, generalmente, bajo las formas de un oxymoro precario, pero retóricamente poderoso. Es también un esfuerzo para escapar a los reduccionismos y a los esencialismos.

Laclau y Mouffe (1987) hacen de la práctica discursiva la palanca del proceso de articulación. La articulación es una forma de conexión capaz de producir una unidad entre elementos potencialmente antagónicos. Esta conexión pasa al nivel discursivo sin que ella sea ni necesaria ni sobredeterminada para siempre. Es por esto que en el discurso, la articulación puede interconectar los elementos específicos de diversas maneras sin reclamarse de una pertinencia recíproca.

La reflexión de Laclau (2002) sobre la hegemonía es también una excelente manera de ilustrar la cuestión de la articulación. Según este sociólogo, el problema de la dominación de una clase social sobre otra, no es el simple hecho de la economía o del poder político, sino también, la imposición de una visión particular del mundo a partir de su capacidad de articular las diversas perspectivas (puntos de fuga) de tal manera que los antagonismos entre las fuerzas sociales se aminoren al máximo. Esta articulación de partes psicossociológicas diferentes se encuentra en su adhesión a las diferencias discursivas comunes. De ahí, se desprende que la articulación discursiva no es ciertamente ni monolítica ni rígida, sino compuesta de "ligamentos" y de numerosos "puntos de fijación", cuya elasticidad y flexibilidad son la garantía de una fuerte cohesión social.

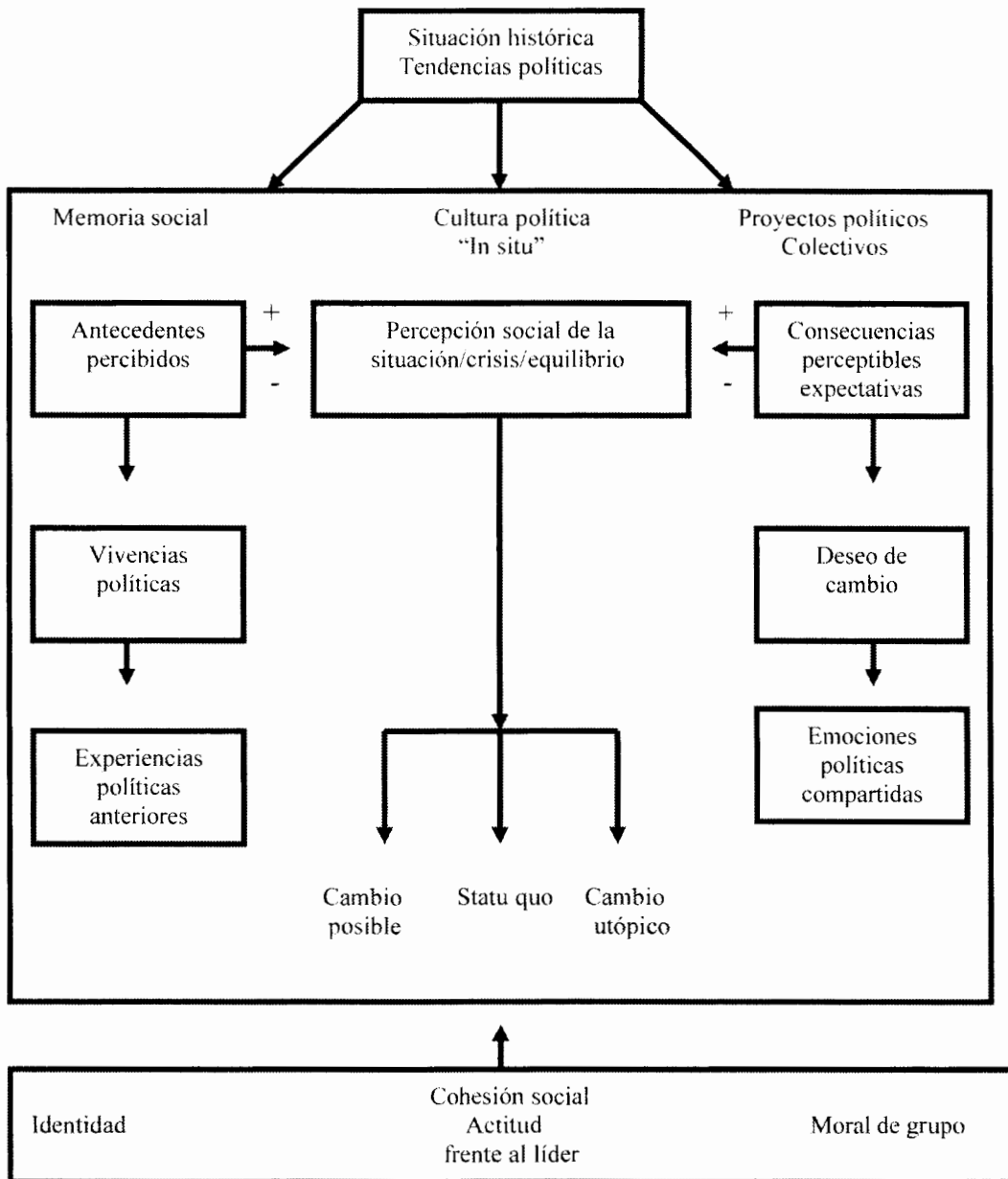
Finalmente, la utilización de la articulación como herramienta epistemológica y metodológica facilita la ruptura con los viejos dualismos: naturaleza y cultura; texto y contexto; forma y contenido; humano e inhumano; subjetividad y objetividad.

### ***Proposición de un esquema heurístico de la psicología política***

Si la hipótesis de partida es aquella de los procesos globales y acumulativos que sobredeterminan las relaciones de la intersubjetividad con las construcciones sociales objetivas, entonces nuestra reflexión apela a una visión de conjunto y a un análisis transversal crítico a fin de articular los conocimientos resultantes del campo de las CHS: la historia, la sociología, la psicología social, etc. Así, la idea de una matriz originaria común facilita la comprensión del devenir, explicita los mundos percibidos y sirve en la aprehensión de los componentes dispersos. Una heurística debe permitir observar los fenómenos en movimiento y las interacciones humanas en un contexto histórico (con sus continuidades y sus rupturas), sin hacer de la racionalidad un sistema (cerrado), ni postular una teoría única del conoci-

miento. Se trata de dar vuelta, o más bien, de reequilibrar la tendencia de las microteorías experimentales a “inflar” su potencial explicativo. Para hacer ello es indispensable reconciliar a la vez la razón y la emoción, la subjetividad y la objetividad, las aproximaciones cualitativas y cuantitativas.

He aquí un esquema (provisorio) en que diversos elementos se articulan, a fin de producir una visión global de la interacción.



Esquema heurístico de la psicología política

El esquema (Dorna 2004) presentado aquí (a reexaminar) reintroduce dimensiones, desde nuestro punto de vista insuficientemente tomadas en cuenta, por las aproximaciones de la psicología social e incluso de las CHS, cuando ellas se inclinan sobre la búsqueda de explicaciones de la realidad construidas por los hombres. A saber: la cultura, la historia y el tiempo. Los elementos que nosotros llamamos “antecedentes” son la palanca de la situación *hic et nunc*, tanto como las variables llamadas de expectativas (consecuencias percibidas por los individuos), permitiendo visualizar el marco en el cual se sitúa el proceso psicológico de cambios políticos y las consecuencias deseadas o posibles.

En realidad, nuestra reflexión apela a la cooperación transversal de los conocimientos, en lugar de buscar el paradigma perdido o el retorno a la matriz original. He ahí la cuestión de una heurística psicopolítica: simplemente observar los fenómenos en movimiento y la interacción de los comportamientos humanos en un devenir histórico (con continuidades y rupturas), en que las consecuencias pueden ser percibidas, sin hacer de la racionalidad un sistema cerrado, ni postular a un conocimiento único e imposible de sobrepasar, fuera de la experiencia a la vez objetiva y subjetiva.

Los elementos que nosotros llamamos “antecedentes” son las palancas de la situación *hic et nunc*, tanto como los componentes de la percepción situada y fechada, que son también sobre-determinados por las expectativas (mundos y salidas posibles) percibidas por los individuos. Por otro lado, si visualizar un marco global es indispensable para entender las significaciones profundas de los procesos psicológicos del cambio de las mentalidades, eso es igualmente válido para los procesos políticos. Ciertamente nos queda detenernos sobre las claves estructurales, particularmente los elementos dinámicos de organización social en que se cristalizan los procesos previamente descritos. Es la cohesión de las estructuras y sus equivalencias mentales que provocan

la sinergia política, la cual puede evaluarse más o menos en términos de estabilidad y de crisis.

La cultura permanece entonces como la variable general estructurante de la psicología política, pues ésta se sitúa hacia atrás, en tanto que unidad de sentido para los grupos sociales. La base común, aquella que fija las formas de la tradición, entendiéndolo por ello, un patrimonio concebido como una herencia a transmitir. Una identidad simbólica. Y si la cultura caracteriza el destino común de un grupo, incluso de un pueblo y de una nación, es el proceso de civilización que hace lo mismo para la idea y la obra de la humanidad. De ahí la presencia de “patterns” culturales y de ritmos de cambio con sus particularismos, sus lógicas y sus tropismos.

Así, la mirada macro-situacional, iluminada por el fondo cultural e histórico, nos ayuda a reconocer los mecanismos de aprendizaje colectivo de la condición humana *in situ*. Es un procedimiento de lectura y de desciframiento de los eventos históricos y sociológicos, pero igualmente de los estados vividos. El análisis de las categorías y de los conceptos generales forman pautas que permiten enmarcar los eventos registrados por la historia y aquellos que se desarrollan delante de nuestros ojos. La psicología política plantea los hechos históricos, en último análisis, como situaciones psicológicas vividas, fuertemente sobre-determinadas por el contexto. Así, la voluntad de penetrar los procesos de las sociedades más allá de las estructuras se pone a resguardo de las reinterpretaciones de la historia, a condición de darse parámetros contextualizables. Es en eso que el proceso de Elías nos parece interesante. Un proceso psicopolítico no se descubre en un laboratorio, sino observando los (procesos) movimientos y los eventos sociales hasta el momento de su decantación, y finalmente, de su estructuración.

Retomemos el argumento. Un evento hace irrupción en el tiempo histórico de manera totalizante —simbólicamente— hasta investir todo el espacio emocional. Es una ceguera que fija los he-

chos y los personajes, encubriendo los contornos. Más tarde, el tiempo borra las impurezas de la imagen y vuelve el evento limpio como fuente eterna de reflexión. Es así como la psicología de N. Elías (1939/1975) cuenta cómo un día, él se encontró con un “tratado de etiqueta” que le permitió aclarar las transformaciones de las mentalidades del Occidente moderno.

Por otro lado, la condición humana fechada y situada, no imposibilita percibir, a través de las situaciones vividas, otros mundos posibles. Es la máquina del imaginario y del sueño, siempre despierta para producir materiales nuevos con el pasado: el futuro anterior. Entonces, es la capacidad de construir escenarios sobre la base de expectativas (de roles o de situación) o de elecciones de porvenir futuro y de anticipar los eventos, cuya carga afectiva es tan grande como poderosa es la imaginación cognitiva. Es un hecho observable que la naturaleza de las interacciones cambia según el éxito o el fracaso que predigan las expectativas, pues muchos errores amenazan las conjeturas, por ejemplo aquella de las atribuciones: juzgar los comportamientos del prójimo haciendo abstracción de las implicancias de la situación y en función de suponerles rasgos de personalidad. Los caminos son numerosos: correlaciones ilusorias, distorsiones sistemáticas, efectos de sobre o de subestimación de las situaciones.

No hay duda, el poder de las expectativas es grande (los horóscopos y los sondeos son testimonio de ello), tanto que a veces falsas creencias iniciales se transforman en verdaderas. Es el “*self fulfillinng prophecy*” en la terminología del sociólogo Robert Merton. Ciertas experiencias testimonian de la pertinencia de esta noción y agregan, que es posible que bajo ciertas condiciones este fenómeno sea más eficaz (Madon et al. 1997). Finalmente, siempre concerniendo a las expecta-

tivas no hay que dejar de lado o desestimar la significación psicológica de la expectativa. Es ahí que las expectativas (positivas y negativas) se cristalizan y que los procesos se dinamizan. Por ejemplo, la presencia de un líder carismático puede ser considerado como catalizador en el seno de una crisis social.

### ***Última observación: es necesaria una estrategia de despertar epistemológico***

La crisis de la cultura científica es discutible. Algunos dirán que la ciencia no está en crisis, que ella se porta bien, e incluso agregarán, que la ciencia ha vivido siempre en crisis: ellos no se privarán de separar el pensamiento de la acción. Quizás tengan razón. Pues independientemente del hecho que la ciencia esté en crisis o no, la cuestión (para nosotros) está en otro lado. El fondo del problema es que los científicos, incluso los filósofos de la ciencia, se plantean raramente y de manera autocrítica, preguntas sobre las consecuencias de sus actos, de sus teorías y de sus experimentaciones. En relación al caso de las CHS, es importante constatar que el dominio de los métodos de las ciencias naturales y de sus consecuencias es escasamente evocado, y curiosamente, poco evaluado.

Ciertamente, ni los trabajos de investigación en laboratorio ni el método experimental deben ser demonizados, sino más bien analizados en sus consecuencias últimas, y sobre todo, en las trampas (ideo) lógicas a las cuales hay que poner atención. Más aún cuando algunos de sus razonamientos sirven de precaución al desarrollo de una ideología tecnocrática. La tesis de la “gubernancia” es un discurso tecnocrático, cuya consecuencia es ablandar la acción política y volver conformista *al ciudadano y la democracia. La ecuación es perfectamente terrorífica:*

|   |
|---|
| Burocracia + tecnología + oligarquía = Gubernancia tecnocrática |
|---|

La renovación de las CHS pasa quizá por la creación de pasarelas transdisciplinarias. La psicología política está (desde mi punto de vista) en posición de reabrir un diálogo que devino indispensable, a fin de hacer la crítica de los poderes y de los discursos tecnopolíticos y para facilitar la aceptación de la pluralidad de puntos de vista en la búsqueda de métodos y de soluciones con una preocupación cierta sobre las consecuencias políticas e ideológicas de los conocimientos y de los saberes acumulados.

Dejemos de lado, sin embargo, la tentación de hacer de la psicología política una palanca ideológica o el arte de gobernar, con la que Le Bon soñaba. La política debe explicarse por la política misma y es a la política, en el sentido ciudadano del término, de establecer las reglas de control, poniendo en el primer rango constitucional aquello de los contrapoderes tan queridos al ideal republicano de Alain (1956). Contrariamente a ello, la psicología crítica está ahí para recordar que los mecanismos físicos se encuentran en las relaciones sociales y en los fundamentos de lo político. En síntesis, es siempre lo de afuera lo que determina en última instancia lo de adentro.

## Referencias

Alain (1956): *Propos*. Gallimard. París.

Beauvois J.L. (2005): *La psychologie sociale et l'impact factor: Des dangers d'une culture dominante dans les sciences psychologiques et sociales*. In *maniprop.com* (en ligne le 3.05.05).

Crozier M. et Friedberg E. (1977): *L'acteur et le système*. Seuil. París.

Elias N. (1939/1975): *La dynamique d'occident*. Calmann-Lévy. París.

Fayerebend P. (1997): *Contre la méthode*. Seuil. París

Gauchet M. (2005): *Entretien*. Le Nouvel Observateur. París. N° 87.

Jalley E. (2004): *La crise de la psychologie à l'Université en France*. París. L'Harmattan.

Laclau E. et Muffe C. (1997): *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI. Madrid.

Laclau E. (2002): *Misticismo, retórica y política*. FCE. México.

Le Bon G. (1895-1986): *Psychologie politique*. Alcan. París.

Lévy Leblon J.M. (1984): *L'esprit de sel*. Seuil. París.

Madon S. et al. (1997): *In search of the powerful self-fulfilling prophecy*. *J. of personality and social psychology*. n° 72. 4.

Merton R. (1948-1949): *Eléments de théorie et de méthode sociologique*. Colin. París.

Monnoret J. (1946): *Les faits sociaux ne sont pas des choses*. Gallimard. París.

Voegelin E. (2000): *La nouvelle science politique*. Seuil. París.

Weber M. (1924/1971): *Economie et société*. Plon. París.